

FULGENCIO.—Nosotros iremos dando un paseo.

EMILIO.—Y a la puerta del teatro aguardaremos a ustedes.

ISABEL.—Hasta luego.

(Vanse León, Emilio y Nicasio, por la izquierda.)

LOLA.—Yo estoy aviada en seguida.

ISABEL.—Ya, ya...

(Vase Lola, por la izquierda.)

ESCENA XII

GUADALUPE e ISABEL.

ISABEL.—¿Por qué no vienes?

GUADALUPE.—Me duele un poco la cabeza...

ISABEL.—¡Antes no te quejabas! ¿Es repentino ese dolor?

GUADALUPE.—Lo sabrás... Esto no puede durar... ¡Es una tirantez desagradable y violenta!

ISABEL.—¿De qué hablas?

GUADALUPE.—¿Puedes atenderme unos minutos, madre?

ISABEL.—Los que quieras.

GUADALUPE.—Oyeme. Lola se casa en Octubre. ¿Piensas tú que podrá reprocharme alguna falta de cariño o de cuidado?

ISABEL.—¡No desatines! Va educada, va sana y va con honra: entre Dios y tú habéis hecho cuanto se puede hacer. El esposo que lleva no es ningún gran tipo de hombre... ¿Recuerdas bien a tu padre? ¡Aquél sí que fué un real mozo! Alto, airoso, con unos ojos tan expresivos...

GUADALUPE.—*(Indulgente.)*—Sí, madre, sí.

ISABEL.—*(Entusiasmada.)*—¡Cuando se ponía el uniforme de la Guardia, había que verle a caballo!... ¡Ahora no hay hombres así!...

GUADALUPE.—No, madre, no.

ISABEL.—¡Pero comprendo que os conforméis con lo que hay!...

GUADALUPE.—¿Qué remedio?

ISABEL.—En fin, gustándole a Lola... ¿Qué preguntabas, hija?

GUADALUPE.—Si te parece que he cumplido mis deberes respecto de lo pasado, quisiera que me aconsejases para lo futuro...

ISABEL.—Formando su casa aparte, tu obligación es muy sencilla. Ir poco a verles, para que ellos vengan mucho; no intervenir en sus desavenencias, para conservar prestigio y que sirva de contrapeso tu autoridad el día que acudan a ella, y no quejarte nunca de su abandono, para que no sospechen lo egoístas que son abandonándote...

GUADALUPE.—Poco más que una extraña...

ISABEL.—Si todos somos felices, no cuentes más con Lola; si viene una desdicha, os agruparéis otra vez como nosotros.

GUADALUPE.—De manera que, por la ley natural de la vida, aquí nos separamos: y si acaso, ¿seré yo quien la busque pidiendo protección?

ISABEL.—Como yo lo hice.

GUADALUPE.—Y, dime, madre: al renunciar por mi propia voluntad a esa comunión de alma y de existencia con una hija, y al quedarme tan sola...

ISABEL.—¡Conmigo!

GUADALUPE.—¡Tan sola, madre!... ¿sería mi voluntad ridícula o culpable si admitiese otro cariño?

ISABEL.—¿Cómo dices?

GUADALUPE.—¿No me adivinas?

ISABEL.—¿Un marido? Sé franca, Guadalupe: esta no es una pregunta, es una confesión.

GUADALUPE.—¿Sería muy ridícula?

ISABEL.—¿Por qué?

GUADALUPE.—¿Sería muy culpable?

ISABEL.—¿Por qué?... Es lógico que todos busquemos amparo, y más lógico aún que a todos nos espante la soledad.

GUADALUPE.—No calculas bien el consuelo que me das.

ISABEL.—¿Y a quién le podrá extrañar que te enamores? ¡Si eres una chiquilla!

GUADALUPE.—¡Madre!...

(Protestando.)

ISABEL.—¡Una chiquilla! ¿Cuarenta años mal cumplidos y vas a darte el tono de tener años? ¡Que lo dijera yo!... ¿pero tú?...

GUADALUPE.—Ya respiro más hondo.

ISABEL.—Respira, respira... ¿Y el galán?

GUADALUPE.—Esteban.

ISABEL.—Al cabo de los años mil, vuelven las aguas por donde solían ir... Esteban es un buen muchacho, formal, de posición... No es un tipo arrogante y de señorío, como mi difunto Jaime.

GUADALUPE.—Como aquél ya no los hay.

ISABEL.—Si te quiere y le quieres, casaos.

GUADALUPE.—¡Dios te lo premie, madre!

(*Abrazándola.*)

ISABEL.—Muy guardado iba el secreto.

GUADALUPE.—El día que pidieron a Lola, hará el quince dos meses, me recordó Esteban, por primera y única vez, aquellos amores nuestros...

ISABEL.—Veintitrés años...

GUADALUPE.—La emoción que ya tenía, la sorpresa de oírle...

ISABEL.—¿Dijiste que sí?...

GUADALUPE.—Pude cortar antes de verme obligada a responder. Ni le di ni le quité esperanzas, creyendo que aún no tenía derecho para pensar en mí misma mientras Lola estuviese soltera.

ISABEL.—Aún lo está.

GUADALUPE.—Sí; pero miro a Esteban, inquieto, receloso, persiguiendo una coyuntura de hablarme y presentar el problema del porvenir, y ya no tengo valor para huirle.

ISABEL.—¿Por qué has de huir?

GUADALUPE.—Pero antes de responderle quiero que tú fortalezcas mi decisión. Madre, ¿puedo amar?

ISABEL.—Y si yo me opusiera, ¿dejarías de amar?

GUADALUPE.—¡Sí!

ISABEL.—¡No seas chiquilla!... Que se casen en Octubre, y después cástate tú. Desde hoy rezaré por uno más..., y eso que en cuanto empiezan los hijos a casarse, ya no hay cálculo posible para saber por cuántos se reza...

GUADALUPE.—Madre...

ISABEL.—¿Está Lola enterada? Entérala. Que lo sepa por ti.

GUADALUPE.—Tengo miedo...

ISABEL.—Los enamorados entienden de amor. Díselo. Ahí viene...

(*Vase por la derecha.*)

GUADALUPE.—(*Sonriendo plácida.*) — ¡Poder amar!... ¡qué alegría!...

(*Queda extática y sonriente.*)

ESCENA XIII

GUADALUPE un momento sola. Después LOLA, por la izquierda

LOLA.—Yo ya estoy...

GUADALUPE.—La abuela es más pausada... Hay que esperar...

LOLA.—Mamaita, ¿quedamos en que me regales aquellos encajes?

GUADALUPE.—Te los regalo.

(*Cogiéndola v haciéndola sentar a su lado.*)

LOLA.—Pues sácalos, porque yo quisiera darle a Emilio la puntilla.

GUADALUPE.—Ya se la darás...

LOLA.—Él conoce una fábrica donde las limpian y las repasan.

GUADALUPE.—Mañana las buscaré.

LOLA.—Otro asunto muy serio y que nos va a costar muchas lágrimas.

GUADALUPE.—Temprano.

LOLA.—El viaje de novios yo quiero hacerlo por Francia, y Emilio quiere el viaje de novios en nuestra casa.

GUADALUPE.—Puede que sea más práctico el de Emilio.

LOLA.—¡Mamá!

GUADALUPE.—En una casa nueva, un matrimonio nuevo ha de ver muchas cosas nuevas.

LOLA.—Y en el extranjero, más.

GUADALUPE.—Pero no precisáis tantas.

LOLA.—¡Si nos quedásemos en Madrid, Emilio se ha de acordar de esos días!

GUADALUPE.—Y tú también... Dondequiera que estén, los novios viajan por lo ideal...

LOLA.—¡Vamos a ser más dichosos!

GUADALUPE.—¿Le quieres?

LOLA.—Muchísimo.

GUADALUPE.—¿Y él a ti?

LOLA.—¡Offf!... Y aún dice que me querrá más en Octubre.

GUADALUPE.—Que Octubre sea eterno para vosotros...

LOLA.—Lo será. Vendremos a visitaros todos los días.

GUADALUPE.—¿Todos?

LOLA.—¡Ah!... Otra cuestión muy grave. Emilio pretende abrir su despacho inmediatamente.

GUADALUPE.—Hace bien: que trabaje.

LOLA.—Ya trabajará... Convendrás conmigo en que si no va nadie, es una cursilería tener el bufete abierto..., y si van clientes, nos estorbarán. Hasta Enero no abrimos.

GUADALUPE.—¿Aunque llamen?

LOLA.—Empezaremos con el año nuevo: es de buen augurio.

GUADALUPE.—Ahora comprenderás lo triste que es la vida solitaria: no se vive sin un afecto...

LOLA.—En casa estamos perfectamente. ¡Todos queremos! Yo a Emilio, Emilio a mí, tú y la abuela a nosotros, el tío Nicasio a nosotros y a las doncellas...

GUADALUPE.—Lola...

LOLA.—Y si yo mandara en eso, todo el mundo estaría enamorado de todo el mundo. No hay nada mejor que adorarse, aunque le obliguen a uno a esperar por el mes de Octubre... que tarda tanto este año.

GUADALUPE.—En tu alegría y en tu contento

no eres avariciosa. Comprendes y permites que amen todos.

LOLA.—¡Todos! Incluso la tía Presentación.

GUADALUPE.—¿Por qué se lo negarías?

LOLA.—Es tan fea...

GUADALUPE.—Si la hubieras oído quejándose, llorosa...

LOLA.—¡No, no! Estaría más fea aún...

GUADALUPE.—Porque se le deshizo la boda cuando ya la creía realizada...

LOLA.—¿Casarse Presentación?

(*Riendo.*)

¡Se lo he de contar a Emilio!

GUADALUPE.—No te burles.

LOLA.—¿A quién se le ocurre casarse así?...

GUADALUPE.—¿Así? ¿Cómo?

LOLA.—Horrorosa, y con más años que un palmar.

GUADALUPE.—¡Lola!

LOLA.—¡Pero, mamá, si es casi tan vieja como tú!...

GUADALUPE.—(*Espantada.*)—¿Tan vieja es?

LOLA.—Cuarenta años lo menos. Es gana de ponerse en evidencia...

GUADALUPE.—Tu bondad, tu permiso de amor..., ¿no alcanza tanto?

LOLA.—Cada cosa tiene su tiempo.

GUADALUPE.—Y a los veinte años, ¿qué sabes tú de cosas ni de tiempos?

(*Levantándose.*)

LOLA.—Mamá... yo, lo que oigo. No comprenderé todas las razones que tiene la gente para reirse de esos matrimonios; pero no siendo ciega y sorda, he de oír y he de ver. No soy ya ninguna muñeca para no enterarme de que la edad influye al calificar las acciones.

GUADALUPE.—No puedo hablarte; no me entenderías...

LOLA.—Ya ves lo que le pasó a Luisa Rajoy... ¿Cómo quieres que no censure eso?

GUADALUPE.—(*Desalentada.*)—¿Qué le pasó a Luisa Rajoy?

LOLA.—Se le ha vuelto a casar la madre. Dime tú misma si eso es querer a la hija...

GUADALUPE.—(*Espantada.*)—No, eso no es quererla.

LOLA.—La pobre Luisa se pasaba la tarde llorando en casa de Carmencita, donde nos re-

uníamos, porque en la suya tenía que poner la cara alegre para que no la riñeran...

GUADALUPE.—Llorando, llorando... ¡claro!

LOLA.—Y no hubo quien la hiciese salir a paseo, de avergonzada que estaba...

GUADALUPE.—Avergonzada, claro, avergonzada...

LOLA.—Por poca experiencia que una tenga, demasiado sabemos que una mujer de bien no olvida nunca a su marido, ni una madre avergüenza a su hija...

GUADALUPE.—La lógica de la juventud... rígida, inflexible..., como ella no ha de ser después en la vida; pero como sueña que lo son los padres y los héroes...

LOLA.—Ya va un año y aún no se consuela...

GUADALUPE.—¿Pero la perdonó?

LOLA.—¿A la madre?... ¡Claro! ¿No había de perdonarla? Pero la quiere menos; naturalmente.

GUADALUPE.—(*Como un eco.*)—Naturalmente, la quiere menos...

(*Se oye dentro la voz de don Esteban.*)

LOLA.—¡Me parece que es don Esteban!

(Corre hacia la izquierda.)

GUADALUPE.—¡La quiere menos!... ¡No puedo amar!

(Angustiada y sollozando muy quedo, permanece inmóvil.)

ESCENA XIV

GUADALUPE, ESTEBAN y LOLA, por la izquierda.

ESTEBAN.—Me tomé la libertad de comprar ese palco, creyendo que ustedes pasarían un rato entretenido.

LOLA.—*(Cogida del brazo de Esteban.)*—Mamá no va...

ESTEBAN.—¡Ah!...

LOLA.—Le duele la cabeza.

GUADALUPE.—*(Que al sentirlos llegar ha vuelto a sonreír.)*—Una neuralgia insignificante...

ESTEBAN.—¿Hace mucho?

LOLA.—Hasta ahora mismo no se quejó...

ESTEBAN.—¡Ah!...

LOLA.—Pero no es cosa de cuidado. Podemos ir...

ESTEBAN.—Iremos...

LOLA.—¿Y la abuela? ¡Lo que tarda en emperejilarse!...

(Vase por la derecha.)

ESCENA XV

GUADALUPE y ESTEBAN

GUADALUPE.—*(Sentándose.)*—Temo que el aire de la noche me empeore.

ESTEBAN.—Es posible...

GUADALUPE.—Mañana estaré bien.

ESTEBAN.—Lo deseo.

(Pausa.)

GUADALUPE.—¿Son bonitas las funciones?

ESTEBAN.—Dicen que sí... Yo no podré verlas, porque estoy citado con un amigo, y probablemente nos retrasaremos...

(Pausa.)

No siendo muy fuerte la neuralgia, quizás le conviniera a usted salir...

GUADALUPE.—No.

ESTEBAN.—Les dejo a ustedes el coche que he tomado.

GUADALUPE.—No, no...

ESTEBAN.—Como usted diga...

(Pausa.)

GUADALUPE.—Ha estado aquí Presentación...

ESTEBAN.—Presentación...

(Pausa.)

ESCENA XVI

DICHOS y LOLA, por la derecha.

LOLA.—Esa abuela va a tardar un siglo...

ESTEBAN.—Tenemos más de media hora aún.

GUADALUPE.—No vayas sin un abrigo.

LOLA.—Está muy buena la noche.

ESTEBAN.—Pero a la salida del teatro, con-
vendrá.

(Vase Lola por la izquierda.)

ESCENA XVII

GUADALUPE y ESTEBAN

GUADALUPE.—(Después de una pausa.)—Vie-
ne usted muy silencioso, amigo Esteban...

ESTEBAN.—¡Ojalá durara!

GUADALUPE.—No refiemos...

ESTEBAN.—¡No! Tengo la seguridad de que si
permaneciéramos callados cinco minutos sola-
mente, usted sabría lo que yo pienso, y yo, tal
vez, llegara a convencerme de cómo piensa
usted...

GUADALUPE.—¿Y hablando?...

ESTEBAN.—¿Hablando?... Va a ser muy difi-
cil. Ya he percibido bien la distancia que usted
pone entre nosotros, lo que usted esquivo una
conversación a solas.

GUADALUPE.—Esquivar, no; prepararla, tam-
poco. Y cuando se presenta natural, no la re-
huyo.

ESTEBAN.—Mucho me equivoqué entonces...

GUADALUPE.—Obligueme usted un poco a ser
sincera, y le diré que la busco, que la deseo,
que la necesito.

ESTEBAN.—¿Será una esperanza, Guadalupe?

GUADALUPE.—No, no; es una conversación.

ESTEBAN.—¿De amor?

GUADALUPE.—De amor...

ESTEBAN.—¿Y la busca? Lo siento.

GUADALUPE.—¿Antes de oirme?

ESTEBAN.—Ya la oigo... Cuando una mujer honrada, sin que la obliguen, afronta una conversación de amor, es que se va a negar.

GUADALUPE.—Le debo a usted el ser leal.

ESTEBAN.—También lo siento. Los que advierten que van a ser leales, terminan siempre con una crueldad. No importa, no importa... Ya escucho, Guadalupe.

GUADALUPE.—Cambia usted los términos. Usted es quien ha de empezar...

ESTEBAN.—¡Pues yo! No soy un desengañado ni un vencido; únicamente soy un hombre que vivió su vida con errores y aciertos, con alegrías y disgustos..., ¡como todos!, y ahora, al comprender que está próximo a bajar el telón y concluir el drama de una existencia vulgar, pero que adoro, ¡porque fué mía!..., ahora quisiera aún que las últimas escenas fueran apacibles y dulces y tranquilas... Es pedir mucho, ¿verdad?

GUADALUPE.—No...

ESTEBAN.—De joven me propuse llegar a viejo, con una viejecita al lado, e hijos y nietos y biznietos... Sólo hubo error en la composición del cuadro. La figura principal la tracé bien; el viejo va a ser viejo... Lo demás serán sombras.

GUADALUPE.—¿Y Emilio?

ESTEBAN.—En su casa; en la suya... Ya estaba resignado a conformarme con ese vacío y con el fin horrendo de los que mendigan hogar en la noche de la vida; más miserable aún que cuantos lo buscan en la noche de cada día... Pero la casualidad, la predestinación, esa fuerza misteriosa y sobrehumana que nos guía y nos empuja en el momento de imaginarnos más libres, me trajo aquí, Guadalupe...

GUADALUPE.—Fué la casualidad.

ESTEBAN.—Tal vez; pero ella me dijo que la piedad de una mujer es inagotable y que el amor no se acaba en un amor...

GUADALUPE.—En eso no han mentido; pero quedan aún muchos respetos invencibles.

ESTEBAN.—¿Invencibles?

GUADALUPE.—Y muchas barreras infranqueables.

ESTEBAN.—¿Infranqueables? ¿Esa es la negativa, Guadalupe?

GUADALUPE.—Todo lo que sea hacer nuestra felicidad está bien: hacerla a costa de otro, está mal...

ESTEBAN.—¿Eso es negarse, Guadalupe?...

GUADALUPE.—¡Eso es negarme, Esteban!

ESTEBAN.—¡Guadalupe!

GUADALUPE.—No son los años ni es el corazón quien rechaza, amigo Esteban. Se ama siempre, ¡cierto!..., pero siempre no se puede decir que se ama. Cuando el cariño va a herir otros cariños, a lastimar otras creencias, a ofender otros pudores..., se puede seguir amando, ¡cierto!..., pero ya no se pueden confesar más que con vergüenza.

ESTEBAN.—¡Guadalupe!

GUADALUPE.—Y yo no llego a eso, Esteban. No llego...

ESTEBAN.—¿Quién se opone? ¿Doña Isabel?

GUADALUPE.—No. La vejez es indulgente...

ESTEBAN.—¿Lola?

GUADALUPE.—Sí. La juventud implacable, que no admite pasión, ni ansia, ni amores, sino como gala y feudo de la misma juventud. ¡Sí! La juventud inconsciente, que apenas sabe

dónde empieza y tardará mucho en saber dónde termina su propia juventud, y ya pretende leer la edad del alma en las arrugas del cuerpo...

ESTEBAN.—¿Y vamos a someternos al egoísmo de una niña que tiene todo... juventud, cariño, familia?... ¿Vamos a sacrificarle innecesariamente lo único que nos resta?...

GUADALUPE.—¡No me atreveré nunca! Por muda y por silenciosa que fuere su protesta, me desgarraría en lo más hondo... ¡No! Y si yo tuviera y le confesara a mi hija una nueva pasión, quizás no me hablase del hombre a quien yo quiero, sino del hombre a quien olvido.

ESTEBAN.—Diez y seis años bajo tierra...

GUADALUPE.—Para nosotros. Para mi hija, que me juzga firme e impecable en su memoria, no morirá sino cuando yo diga que lo he olvidado.

ESTEBAN.—¡Guadalupe!

GUADALUPE.—(*Dándole la mano; sonriendo triste.*)—Seamos buenos amigos.

ESTEBAN.—Yo había soñado más... Que el amor de nuestros primeros años nos uniese al final... Que fuese el mismo amor nuestra salvaguardia.

GUADALUPE.—Y el mismo es... Y para ser en

todo el mismo, como antes no consintió, no consiente ahora que nos unamos.

ESTEBAN.—¡El mismo también!, ¡ya lo veo! Amor débil. Hecho de resignaciones y de temores; que no quiere luchar y se espanta de los obstáculos, aunque el obstáculo no sea más que una sombra... Amor que no tiene de amor sino la inclinación afectuosa, y se ha olvidado de tener el impulso, el arranque, la violencia que une a los seres.

GUADALUPE.—Resignémonos, Esteban...

ESTEBAN.—Es la razón de los que aman poco.

GUADALUPE.—Y de los que aman bien.

ESTEBAN.—No. Si a esa pobre muchacha, a esa Presentación, enamorada de un amor que no tomó forma de hombre, y suspirando de ansias inconscientes, le hablase alguien como yo te hablo a ti, ya verías si el ímpetu de amor arrollaba pronto esos fantasmas pueriles y medrosos...

GUADALUPE.—Eso sería locura.

ESTEBAN.—¡Sí, eso sería amor!...

GUADALUPE.—Yo tengo un motivo muy poderoso para negarme...

ESTEBAN.—¡Y en él confío! Llegará en breve

el día de casarse Lola; llegará en breve el día que ella comprenda que es inhumano y torpe e injusto negarle a los demás el afán por que uno suspira y enloquece. Y ella será quien te traiga a mí... comprendiendo que el amor no es patrimonio de la juventud, sino ley de la vida, y mientras vivimos...

GUADALUPE.—¿Amamos?...

ESTEBAN.—Y tenemos derecho para amar...

GUADALUPE.—Esteban...

(Yendo a él.)

ESTEBAN.—Guadalupe...

LOLA.—(Dentro.)—Mamá...

GUADALUPE.—(Apartándose.)—Aún no.

ESCENA XVIII

DICHOS y LOLA, por la izquierda.

LOLA.—Ya estoy. ¿Vámonos? ¿Y la abuela?

GUADALUPE.—Mírala.

ESCENA XIX

DICHOS e ISABEL, por la derecha

ISABEL.—Cuando queráis.

ESTEBAN.—(*Dándole la mano.*)—Doña Isabel...ISABEL.—(*Rechazándole*)—No, no... A mis brazos.ESTEBAN.—(*Retrocediendo.*)—¡Doña Isabel!...

ISABEL.—¿Para qué ocultarlo? Guadalupe me dijo que se aman ustedes.

LOLA.—(*Espantada.*)—¿Se aman?ISABEL.—(*Risueña.*)—Sí.LOLA.—(*Corriendo a Guadalupe y abrazándola ansiosa.*)—¡Madre... madre!... ¡Perdón! Te juro que no lo sabía.

GUADALUPE.—No tengo nada que perderte...

LOLA.—Te juro que no lo sospechaba siquiera, cuando antes hablamos... ¡Si vieras cómo Luisa Rajoy quiere otra vez a su madre!...

GUADALUPE.—¿Otra vez?

LOLA.—Siempre, siempre... Te juro que no lo sabía; ¡te lo juro!

GUADALUPE.—Si esto no es más que una broma de la abuela...

LOLA.—Me engañas.

GUADALUPE.—(*Mirando fijamente a Isabel.*)—Pregúntaselo.

LOLA.—¿Abuela?... ¿Abuelita?...

ISABEL.—Es una broma mía. ¡Perdonadla!

LOLA.—¡Me engañáis!

GUADALUPE.—Pregúntaselo a don Esteban. Esteban, le autorizo a usted para que diga lealmente si hay algo entre nosotros dos.

ESTEBAN.—Nada.

GUADALUPE.—¡Nada!

ISABEL.—Nada...

(*Llevándose abrazada a Lola.*)

Vámonos.

(*Lola marcha un momento; vuelve rápidamente a abrazar a la madre y vase por la izquierda.*)

ESCENA ÚLTIMA

ISABEL, GUADALUPE y ESTEBAN.

GUADALUPE.—(*Cuando Esteban se acerca y se despide.*)—Gracias..., gracias..., gracias...

ISABEL.—(*Sonriendo.*)—Un respeto los separa... El mismo amor lo vencerá.

(*Esteban se inclina muy respetuoso y vase por la izquierda. Guadalupe le ve marchar espantada, con los ojos muy abiertos, inmóvil.*)

TELÓN

FIN DE LA COMEDIA

OBRAS DE MANUEL LINARES RIVAS

EN TRES ACTOS

- Aire de fuera*, estrenada en el teatro Español.
Marta Victoria, estrenada en el teatro Español.
La estirpe de Júpiter, estrenada en el teatro de Novedades, de Barcelona.
La Divina palabra, estrenada en el teatro de la Comedia.
Añoranzas, estrenada en el teatro Español.
El caballero Lobo, estrenada en el teatro Español.
La fuente amarga, estrenada en el teatro de la Princesa.
La raza, estrenada en el teatro de la Princesa.
Lady Godiva, estrenada en el teatro Español.
Doña Desdenes, estrenada en el teatro de la Princesa.
El Cardenal (en colaboración con D. Federico Reparaz), estrenada en el teatro Infanta Isabel.
La fuerza del mal, estrenada en el teatro de la Princesa.
La espuma del champagne, estrenada en el teatro de Eslava.